

CUENTO N° 218

TÍTULO: EL MAESTRO DE MÚSICA

SEUDÓNIMO: COLIBRÍ

EL MAESTRO DE MÚSICA

“Colibrí”

- Ustedes no saben de lo que yo soy capaz, muchachos-, dijo Santana y continuó imperturbable anudándose la corbata roja con estrellitas azules. Luego, se abotonó la chaqueta negra, cerró su bolso deportivo Nike y caminó hasta la puerta del camarín. Desde allí –sin dirigirse a nadie en especial, remachó:

- Uno de estos días se los voy a demostrar.

Y, como siempre, las bromas y pullas surgieron instantáneas, pero fueron flechas que no encontraron blanco porque Santana ya no estaba en la puerta. Se había ido. Continuamos comentando durante un largo rato las peripecias del animado partido de baby fútbol que habíamos terminado de jugar y, por cierto, escarbando maliciosamente en el escaso dominio técnico que tenía Santana sobre el juego hasta derivar en la opinión de cada cual respecto de ciertas características personales que evidenció desde su llegada a este vetusto Liceo de provincia que era nuestro hábitat cotidiano y laboral.

Soltero. Santana –Manuel Santana Velarde, único nombre y apellidos-, era soltero. Nunca, durante los nueve años que llevaba desempeñando su silenciosa y casi inadvertida labor como Profesor de Artes Musicales, lo habíamos visto o sorprendido en alguna aventura amorosa o participando con compañía femenina en alegres reuniones sociales, de tal manera que los rumores siempre estaban a flor de labios de cualquiera que rondase el tema.

Vivía solo. Me lo confidenció una tarde en que charlamos sosegadamente sobre esperanzas y frustraciones comunes. Entonces supe que residía en una pensión, que la comida era mala y que la señora Ana María le cobraba un alto valor por pernoctar cuatro días semanales, ya que cada viernes, tal vez

aburrido de nosotros o fatigado por su rutina docente, sagradamente desaparecía enfilando rumbo a su fuente originaria, un pueblo de la costa, para sentir la salada humedad del viento entre los verdes pinos, a observar la poesía movediza del mar, caminar por playas solitarias o a admirar y aprender la capacidad de vuelo de las gaviotas. Allí, junto al océano abierto y en total libertad, me lo aseguró, “soy feliz”.

Era la semana del aniversario número cincuenta del colegio. Y el encuentro deportivo había sido una más de las actividades programadas en honor del medio siglo. Pero aún quedaban varias más, entre ellas el acto académico que se realizaría el último día celebratorio en el patio central, al aire libre y con el sol de octubre pegando fuerte. Este año, se presumía, el evento sería notable por el selecto número de invitados especiales que asistirían y porque, finalmente, saldría a la luz el trabajo musical de Santana Velarde dirigiendo el flamante coro de más de quince voces estudiantiles que él, con callado tesón y mucho esfuerzo, había conseguido formar y hacer cantar durante dos largos años de ensayos.

Y a las once horas en punto, día viernes, tal y como estaba programado, el esperado acto se inició. Una voluminosa maestra de Historia subió al escenario, se apoderó del micrófono principal, espetó un enérgico ¡buenos días!, se caló mejor los anteojos y dio la bienvenida a las autoridades educativas, sociales, uniformadas, eclesiásticas, a Su Majestad Natalia primera, profesores, padres, alumnos, alumnas..., e invitó a todo el mundo a ponerse de pie para que “con profundo orgullo y respeto, aseveró, escuchemos el Himno patrio interpretado por nuestro nuevo coro, dirigido por la batuta experta y capacitada del maestro de música señor Manuel Santana”.

Entonces, pausada y ceremoniosamente, Santana Velarde subió al escenario. Miró durante largos segundos a la concurrencia, se ajustó la corbata

roja con estrellitas azules, volvió a pasear su mirada, ahora, hacia donde estaba sentado el plantel docente, levantó la cabeza como pidiendo paciencia y tranquilidad, esperó unos instantes y cuando consideró que se había hecho un silencio absoluto, alzó los brazos teatralmente al mismo tiempo que unía pulgares con índices de ambas manos y, con una fortaleza desconocida en él, dio inicio a un canto vibrante y poderoso del coro, que por años no se escuchaba en ese rincón del mundo.

Todos, tiempo después, estuvimos de acuerdo en que la interpretación del himno había sido espectacular, pero nadie lo estuvo a la hora de explicar lo sucedido al finalizar “o el asilo contra la opresión”.

Santana Velarde dirigió el coro extasiado. Con los primeros versos su frágil cuerpo se dinamizó y sus movimientos fueron adquiriendo una armonía que la belleza rítmica con que los ejecutaba impactaron a la concurrencia, al punto que todos, -¡todos!-, comenzamos a levantar la voz y a secundar el canto del coro con un entusiasmo desconocido y alegre que, en la medida en que las frases patrióticas avanzaban, el himno se iba tornando más pletórico y fervoroso.

En el escenario, el profesor Santana Velarde había cerrado con fuerza sus ojos y movía sus brazos con plácida dulzura. Su anatomía, su alma, sus gestos, eran uno solo con la letra, la melodía y las voces del, ahora, gigantesco coro de la multitud in crescendo.

Súbitamente, la música cesó, el inmenso canto calló y un impresionante silencio invadió el recinto. Todos quedamos como galvanizados en nuestros lugares en tanto que, en el escenario, Santana Velarde permanecía estático, endurecido y tenso, pero con los brazos extendidos, todavía en posición horizontal.

El himno nacional había terminado.

Santana Velarde abrió los ojos. La firmeza de su mirada abarcó todo el entorno y el gentío sintió –lo afirmo porque también lo sentí- algo similar a una corriente eléctrica desplazándose instantánea. Y mientras observaba a todos y el público le devolvía los rayos de luz transparentes en que se habían convertido sus pupilas, el maestro de música comenzó a mover lenta/lenta/lentamente y de manera muy suaves sus brazos, una-dos-tres veces hacia arriba una-dos-tres veces hacia abajo, energizando paulatinamente el movimiento y sus extremidades superiores, semejantes a un par de aspas, apuraron el ascenso-descenso. Entonces, y con un firme impulso sus piernas se despegaron del escenario, su cuerpo se catapultó hacia arriba, ¡se alzó!, tres-cinco-diez centímetros y prosiguió subiendo-subiendo hasta quedar suspendido en el aire, tal vez hasta uno o dos metros. Allí, detuvo su increíble y asombroso accionar, y ante el estupor, fascinación y horror de la silente multitud, con un rápido movimiento quedó horizontal y quieto, tal como un cernícalo que desde las alturas acecha la presa a cazar.

Ahí estaba, flotando en el aire, Manuel Santana Velarde, maestro de música, cincuenta y siete años, soltero, incomprendido y fuente de bromas y sonrisas, venciendo a la lógica, a la gravedad, a todo sentido común, dejando estupefacto, aterrado y sin respuestas al mundo jerárquico, académico y estudiantil del vetusto establecimiento educacional en el día de su aniversario. Jamás, –estoy absolutamente seguro-, jamás olvidaremos el silencio helado y sepulcral de esos momentos mágicos, de aquellos instantes de asombro y de fábula, de esa mañana de futura y maravillosa leyenda, con la frágil humanidad de Santana Velarde en las alturas ni tampoco el fulgor de sus ojos muy abiertos, casi sin pestañear, serenos pero plenos de relámpagos de ironía y burla deslumbrantes, como diciéndonos: -Hoy, hoy es el día, muchachos.

Y mientras movía suavemente sus brazos hacia un lado/hacia el otro, inicio un lento planear sobre los atónitos espectadores que –recién entonces- como que despertamos e intentamos entender lo que estaba ocurriendo. Y, cual brutal resultado de abrir una ventana a una violenta realidad, brotaron las primeras reacciones: la histórica locutora suplicaba por favor por favor conserven la calma, un grupo de alumnas chillaron estridentes mientras dos o tres más se desmayaron, el señor alcalde exigía a grito limpio ¡expliquen esta farsa!, un barbudo y barrigón docente de religión se persignó y cayó de rodillas, algunos alumnos de cursos superiores saltaban y gritaban ¡genial Profe genial!, una agitada mujer –CruzRroja sobre delantal blanco- corría entre la caótica multitud ordenando ¡baja Santana, baja!

Y Santana Velarde, como ajeno al desorden terrenal que había provocado, seguía con su planear silencioso hasta ejecutar una vuelta completa sobre el gentío, moviéndose armónicamente a unos cuatro metros de altura casi por inercia, las piernas extendidas, la chaqueta negra abierta por el viento y la corbata roja con estrellitas azules flameando alegre. Puedo jurar que todo su cuerpo irradiaba –fruto de su alucinante e insólita actuación- un halo de calmada felicidad.

De pronto se inmovilizó. Como si fuese una abeja libando una flor quedó quieto en el aire mientras sonreía. Entonces, irguió el pecho, colocó sus brazos junto a sus costados, unió mejor sus piernas y se catapultó a las alturas –cinco, seis, ocho metros en segundos- se detuvo y tornó a quedar otra vez horizontal. Inició un aleteo suave de sus manos y empezó a alejarse lentamente, como con dulzura, hacia el poniente, volando sobre los techos azules del colegio, dejando atrás los abedules, los acer japónicos y el perturbado griterío de los grupos humanos que, muy abajo, corrían locamente por la cancha de basquetbol y patios aledaños.

Aferrado al tronco de un árbol intenté despojarme de la sorpresa

y el asombro ante la inaudita acción aérea que había y todavía estaba realizando Santana Velarde. Mientras luchaba por encontrar cierta cordura como respuesta a tamaña locura, levanté la vista y pude verlo flotando en el aire, volaba con lentitud hacia el oeste como quien va hacia el mar. Y entonces comprendí que iba tras el lejano sabor salino del océano, en búsqueda de los rincones ocultos de su pueblo viejo y sencillo, seguro que ya iba sintiendo el aroma de los pinos que le traía el susurro del viento en sus oídos... Iba hacia la libertad total que le ofrecía el horizonte lejano e infinito.

Flotaba, volaba, se alejaba. Pronto, solo fue un puntito que desapareció en el cielo azul.

Nunca más hemos sabido de Santana Velarde, el maestro de música.

Pero sí sabemos de lo que era capaz.